

# **Reglas Ignacianas de la Primera Semana en EE y Discernimiento**

## **La disponibilidad: una construcción perenne**

---

*Eduardo Valdés Barría, S.J.*

### **La disponibilidad: una construcción perenne**

En la primera semana del pecado, San Ignacio nos brinda una serie de apoyos para mejor hacer los Ejercicios y encontrar la voluntad de Dios. No haremos una exégesis de ese material sino una reflexión espiritual, es decir, cómo podemos servirnos de ellos para continuar nuestro camino hacia Dios y con Él. Tenemos entre esos dispositivos, las adiciones (Nos 73-90) “para mejor hazer los ejercicios y para mejor hallar lo que desea”. Pedimos al lector que lea todos esos números para que el comentario pueda ayudar o, más bien, dejarse ayudar por la experiencia de San Ignacio.

Con las adiciones, San Ignacio pone toda la dinámica “personal” en beneficio del encaminamiento de los Ejercicios. Es una manera de decir que no hay nada que pueda quedar fuera de los Ejercicios: dormir, despertarse, risa, temperatura (el tiempo), las posiciones para la oración, oscuridad-luz (cerrar ventanas), las actitudes del cuerpo, etc. Es ordenar el cuerpo, su espacio y sus tiempos para llegar a ser “libre”, es decir, capaz de entrar en relación con Dios, de responderle, de escucharlo con todos los sentidos y en cualquier signo pequeño ya sea interior o exterior.

El título da el movimiento: “Para mejor hazer los ejercicios [grande ánimo y liberalidad] y para mejor hallar lo que desea [encontrar la voluntad de Dios]” (No 73). Es una aplicación del principio y fundamento: todas las cosas... para ayudarlo (No 23). Es llenar de “contenido” la disposición (intenciones, acciones y operaciones): disponer el ánimo. Es quitar los afectos desordenados (ordenar las intenciones, acciones y operaciones) para encontrar a

Dios. Hasta cierto punto, las adiciones tocan la vida cotidiana del ejercitante, es en la vida cotidiana donde el ejercitante puede disponerse para encontrar a Dios. Tenemos un magis ahí.

Las adiciones son preámbulos de las oraciones, son preámbulos de “composición de lugar” de la oración preparatoria (¿son preámbulos a esta oración preparatoria?), de la gracia a pedir. El examen de la oración entra en esta misma dinámica: para mejor hacer-para mejor hallar. Una de las ayudas importantes la tenemos en la penitencia que presenta dos criterios: motivada por el amor, esto se muestra en que es pedida por Dios y ligada a “nuestra naturaleza pecadora”, un combate contra el pecado para mejor encontrar a Dios. Veremos que es un combate contra el amor sensual, carnal y mundano. En este combate de amores (amor verdadero contra amor falso) tomamos opción por el primero. Así la penitencia es una manera de desenmascarar el amor falso sin olvidar que es para mejor hacer-mejor encontrar. De esta manera, la penitencia muestra que no le negamos nada a Dios, estamos dispuestos a darle todo. Es como convertirnos en Abraham: nuestra vida, signo de la promesa, se vuelve ofrenda (entra en la ofrenda). La medida es Dios mismo, es Él quien pide, cuándo, cuánto, hasta dónde, de qué manera, etc.

La penitencia interna es dolerse de sus pecados que conduce al firme propósito de no pecar. El dolor-firme propósito me llevan a tener en horror, aborrecer todo aquello que tenga que ver con el pecado. Tocado por esta gracia se hace el camino hacia la penitencia exterior, es ordenar la dinámica de la persona: castigo de los pecados cometidos. Es un problema de justicia, pero también de misericordia, es saberse pecador salvado (perdonado). Recordemos que el pecado ha dejado impreso (imprime) una dinámica al exterior e interior de la persona. Entonces, como decíamos, la penitencia es una manera de disponerse a la gracia y abrir todos los sentidos a Dios. Es también una manera de responder a Dios y de implorar. Es poner la trilogía comer-dormir-castigar la carne (dolor sensible) bajo el magis, medurado por el mismo Dios.

Con el comer: es ser tocado por el hambre, es decir, una manera de “ver”, “sentir” y “gustar” la fragilidad humana y de lo que realmente tenemos necesidad. Es hacer el camino de transformar la necesidad en deseo (hambre de Dios y de aquello que nutre su vida en nosotros). Experimentar una necesidad para des-

pertar un deseo como habíamos dicho anteriormente. Es saborear, “no solo de pan vive...”

Con el dormir: es ser tocado en el “descanso”. Recordemos que dormir en lo más cercano a estar muerto permaneciendo en vida. Es la “muerte” que me da vida. Es también el tiempo de los “sueños” tocados por Dios.

Castigar la carne: es encontrarnos con el dolor sensible para que la carne experimente el dolor como lugar de llamado a la vida en medio de un camino de muerte. Es el lugar donde Dios ha tocado (v.gr. dolor de los pecados) para no olvidar y permanecer vigilante. La carne ha participado del pecado, por eso, participa también de la conversión. Dios tiene que ver con ella, la carne es llamada a la vida. Así el dolor se vuelve lugar de prueba. Dolor: lugar del éxodo, de la salvación, del perdón, de la “recreación”... lugar de renacimiento.

¿Por qué la penitencia? Por la satisfacción de los pecados pasados (¿un signo como Caín?). El pecado ha marcado a la persona, la penitencia es una marca de lucha contra el pecado. Hay una especie de reparación: la penitencia rehace en nosotros la justicia por la misericordia. La penitencia es un acto de misericordia que toca la justicia. Segundo, para vencerse a sí mismo, que todo el cuerpo entre en obediencia (entrar en el deseo) para cumplir la voluntad de Dios. Contra la propia sensualidad, contra el amor carnal y mundano. Es una disposición para la ofrenda. Tercero para buscar y hallar una gracia (un don) ligada a Jesucristo para mejor parecerse; ser a imagen de Jesucristo. De ahí el camino de contrición de los pecados, llorar mucho sobre ellos, y por Jesucristo en su pasión y finalmente resolver una duda.

Recordemos que la penitencia puede conducir al pecado, pues la penitencia, lugar de violencia, puede volverse lugar de placer (amor propio, autodestrucción, masoquismo...). Buscamos a Dios por Él mismo. En este sentido, conviene ayudar a cada persona para que encuentre su penitencia personal. La penitencia es un lenguaje de lo real con Dios, un lenguaje tenido, sostenido y mantenido con Dios a través de cosas interpuestas, cosas que me son una ayuda o un obstáculo. Es “pagar” (sostener) el precio de las palabras que digo al Señor.

En los números 313-327 tenemos las primeras reglas de discernimiento propuestas por San Ignacio. Solo recordemos una

trilogía que conviene recibir. Primero: tener una gracia o una experiencia (favor) de Dios, segundo: darse cuenta para finalmente empalabrarla. Por otro lado, la moción introduce una dinámica, más bien una concepción dinámica que pone en movimiento. Es educar un sentir de Dios.

En la primera regla (No 314), San Ignacio ve que hay una dinámica del pecado mortal. No se trata de un acto en medio de otros, sino de un proceso que toca todo el ser humano y a todas sus acciones (operaciones). Hay una especie de magis del pecado, una dinámica que hunde sus raíces cada vez más para conservar y aumentar en sus vicios y pecados. No se trata únicamente de la voluntad, pues toda la persona se encuentra tocada. El enemigo no pone solo una dinámica irreversible sino que la profundiza.

Podemos ver la “imaginación” del pecado que hace pensar que cuando se quiera se puede salir. Hemos escuchado, “cuando yo quiera, dejo tal cosa...” La fuerza del primer pecado es la fuerza de una cadena, no hay únicamente un pecado, es un tejido el que se pone inmediatamente en marcha, es un circuito, una tela de araña que comienza.

Probablemente, el pecado viene como una tenaza, hay un brazo más “legible”, más en frente de la mirada (más imaginario) y hay otro más “invisible”, menos legible que también se profundiza. El pecado tiene un lado “visible”, “anecdótico” y un lado “invisible”, más estructurante. El enemigo no quiere que únicamente hagamos tal o cual acto sino que quiere desplegar una dinámica, una estructura del pecado. El enemigo utiliza un dispositivo propagador: la imaginación (“haciendo ymaginar...”). Propaga una dinámica que engendra hábitos y dependencias. El buen espíritu toca por la razón (la sindéresis: juicio moral) mostrando que solo son placeres aparentes.

Esta primera regla parece una composición de lugar, es una situación, un caso de figura (entre brutos animales). Muestra una especie de dicotomía entre pasión y razón, el buen espíritu “entra” en la razón. Vemos además que el pecado tiene un carácter repetitivo. Es viejo, comienza desde siempre Pero también cuantitativo: aumentar, un empilamiento de pecados. El recuerdo de los pecados pasados renueva los pecados. Aquí la memoria suministra (¿nutre?) el pecado. Hay una conciencia donde la persona “sabe”

lo que es bueno o malo pero la memoria puede ahogar la conciencia, pues, el pecado se convierte en “norma”, es la “normalidad”. San Ignacio propone una descripción, una fenomenología: buen espíritu-mal espíritu.

La segunda regla (No 315): los que van (están) en camino de purificar sus pecados les toca no solo salir de la esclavitud sino volverse libres, ponerse en servicio de Dios. Así estas dos primeras reglas parecen girar en torno al pecado. El mal espíritu actúa en el morder, tristar y poner impedimentos, tenemos una especie de lucha contra las tres potencias; inquietando con falsas razones para evitar que se siga adelante. Hace de la vida una carrera de obstáculos. Así el camino hacia Dios y su servicio es un lugar de tentación, es decir, de prueba. Tenemos un combate. Morder: dar ánimo y fuerzas. Tristar (entristecer)-consolaciones, lágrimas. Poner impedimentos (obstáculos)-inspiraciones y quietud. Inquietando-facilitando y quitando todos los impedimentos. Deteniendo (para que no pase adelante)-en el bien obrar proceda adelante.

Vemos que seguimos ante una situación, ante una dinámica cualitativa sin olvidar que es cuantitativa. El mal espíritu utiliza el sentimiento y la inteligencia para detener. Estamos ante términos dinámicos en una dupla: frenar (mal espíritu)-acelerar (buen espíritu). No olvidemos algo que ya sabemos, no se discierne sobre los mandamientos, ahí no somos maestros para escoger, Dios nos regala su discernimiento.

La tercera regla (No 316) parece dividida en tres unidades tocadas por el cuándo. La primera retoma los dos primeros cuándo: ¿estamos ante el principio y fundamento? La segunda comienza con el “assi mismo”: ¿es el resto de los ejercicios? La tercera, “finalmente”: ¿más eclesial? Vemos la fuerza de la consolación, un movimiento del ánimo que pone en una dinámica de relación: amor a Dios (“el hombre es criado”), las criaturas “lugares” de amor hacia Dios (“la indiferencia”) y “cambios” en el interior del ánimo en relación a Dios. Tenemos una “lógica” de crecimiento en tres experiencias: esperanza, fe y caridad; alegría interior que llama y atrae; la salud (salvación) del ánimo, que quietándola (sosegándola) y pacificándola en su criador y señor. Tenemos tres puntos del camino: moción interior-lágrimas-crecimiento. Estamos ante una dinámica que va de lo más interior a lo más exterior aunque sin presentar una oposición nítida. Sí estamos ante una finura. ¿Es esto lo que esta-

remos haciendo en las semanas de los ejercicios? ¿El “cuándo” son eventos, es decir, cosas que pasan en el ánimo?

La cuarta regla (No 319) es una dinámica contra la consolación. De inflamado con su creador y Señor pasa a separada de su criador y Señor. ¿Tenemos en la tercera regla un movimiento ascendente y en la cuarta, descendente? Estamos ante toda una serie de “movimientos” (mociones) que conducen al ánimo a sentirse separada.

La quinta regla (No 328) nos dice que si bien consolación-desolación muestran el combate de espíritus, con todo, la consolación debe ser, parece, la guía para actuar, más bien un movimiento que guía y aconseja el actuar. No se puede “lanzar” (botar) la desolación pero sí conservar la firmeza (estar firme y constante), es un tomar un camino para marchar. Supone que ha habido consolación. El ejercitante debe referirse a su acompañante, al texto propuesto y a la “memoria” de la consolación, donde se ha dado la firmeza y la constancia.

La sexta regla (No 319) nos invita a combatir la desolación. No estamos ante una actitud de resignación, sino de prueba. “Mirar” de frente la desolación. Toda la persona entra a combatir. Es cambiar el rostro ante la desolación, ante la faz que ella toma. Hay que reconocer la desolación para ponerse enfrente de ella. La desolación estructura, el individuo pone enfrente su fe, estamos ante una persona no interesada, sino tocada por la gratuidad. Nos ofrecen tres caminos: la oración (presencia de Dios), mucho examinar (“ver” las causas) y hacer penitencia (implorar).

La séptima regla (No 320) nos habla de un Dios que permanece fiel en la prueba. Habíamos dicho que la prueba es una manera de hacer real una relación. Es una prueba de la fe, uno no siente, pero Dios está ahí. Es aprender a caminar sin sentir, fiarse de Dios sin “sentir”. Creer en la presencia de Dios incluso cuando no se lo siente.

La octava regla (No 321) nos pone ante la paciencia. Ella es una actitud para combatir los “movimientos” sentidos. Es evitar querer salir de la desolación alejándose de ella y no confrontándola en directo. Poner rostro, enfrentar: paciencia. Es combatir la desolación con los medios divinos sin tomar la huida. Ella es una duración en el tiempo ante la desolación, la desolación dura pero

uno se mantiene. La paciencia nos dice que, en el tiempo, pronto consolado (la referencia a la consolación), es decir, el futuro es una promesa. La paciencia es el reverso de la fidelidad.

La novena regla (No 322) nos regala criterio para examinar la desolación. Nuestra tibieza aleja la consolación. Hay un “trabajo” que no hacemos y la desolación entra para mostrar la “verdad” de nuestro actuar. Aquí la desolación juega el papel de una advertencia, un llamado al magis. Los medios y su dinámica carecen de “grande ánimo y liberalidad” hacia el Señor. No ponemos en práctica las adiciones. El segundo es una prueba que nos muestra quiénes somos y cuánto somos capaces de caminar sin salario (las gracias). Mostrar que podemos encaminarnos sin la “sensibilidad” de las consolaciones: para alabar-servir. Es una dinámica del desierto, es una tentación que “habla” de nosotros (nuestra verdad) y de nuestra marca (nuestra fuerza).

Es ayudarnos a servir por nada, sin esperar recompensa, gratuitamente. El tercero está muy ligado a la causa anterior: vera noticia (verdadero saber) y conocimiento para evitar detenerse, pues la consolación, en sí, puede detener la marchar o desviar nuestro camino (orgullo, la vanagloria). Nos permite poder conservar la dinámica relacional: alabar-hacer reverencia (respetar)-servir. No poner nuestra alianza en el medio sino con la persona (Dios, el mismo Jesús). Chocar con la desolación se vuelve criterio de verificación de nuestro encaminamiento, sea porque disminuimos (tibieza), sea porque nos quedamos gustando la cosa, no a Dios.

La décima regla (No 323) es una mirada sobre consolación-desolación como una dinámica espiritual. La consolación ayudará a atravesar la desolación. Aunque Dios nos quiere en la consolación parece que nosotros no podemos vivir siempre en ella, al menos sensiblemente o sin ser probado. Pero que la desolación también puede ser un medio de relación a Dios. Consolación-desolación es como una dinámica del cosmos: día-noche. Recordemos que la prueba es una alternancia.

La undécima regla (No 324) nos muestra la actitud ante la consolación, humildad por conocimiento del camino y de sí mismo, ante la desolación, fuerza ante una dinámica que abate, fuerza que viene de Dios. Estamos ante una dinámica de “relación espiritual” con Dios. Usa la alternancia para no absolutizar la conso-

lación ni la desolación. Aquí tenemos, como en otras reglas, un llamado a la "memoria". Eso pasa, uno pasa; no abandonarse a ninguna de las dos dinámicas.

La duodécima (No 325) nos muestra el comportamiento que debemos tener ante el enemigo de natura humana. Una especie de no tener miedo al asalto del enemigo, permanecer firme, mucho rostro, no tomar la huida. El enemigo hace lo que nosotros le dejamos hacer. La fuerza del demonio está en conexión a nuestra capacidad o no de aceptar la ambigüedad; si la detenemos nítida y claramente su fuerza disminuye. Con el *oppositum per diametrum* no hay oblicuidad, no hay juego en la ambigüedad. Todo esto ante las tentaciones: tener temor y perder ánimo. El dinamismo del enemigo busca su finalidad salvo si cortamos de manera firme.

La decimatercera regla (No 326) nos muestra otra estrategia del enemigo: un vano enamorado. Un amor que engaña y que solo busca su interés. Por eso, se mueve en lo secreto, no en la luz. Busca una relación entre él y la persona demandada, solo una relación a dos que se quiebra cuando se habla a una tercera. Así busca que las palabras y las insinuaciones permanezcan en la persona "solicitada", que no se hable de esto a nadie. Si le hablamos a una persona experimentada y que nos ama (la comparación padre-esposo), a un buen confesor o a una persona espiritual que conozca sus engaños y malicias, todo el dinamismo se resquebraja. Es poder depositarse en otra persona que pueda ayudarnos para no dejarse llevar hasta el término de la empresa comenzada. Estamos ante la importancia de la palabra; empalabrar es tomar una cierta distancia. No encerrarse (no quedarse mudo) supone un éxodo, depositarse en otra persona. Es la utilidad del testigo: ser la "memoria" del ejercitante, es ayudarlo a tener "memoria" del encaminamiento.

La regla decimacuarta (No 327) utiliza la imagen de un jefe (caudillo) que busca vencer y robar. Ese jefe busca la debilidad (las inclinaciones) de la persona en todo lo que es y en lo que puede hacer: virtudes teologales, etc. Es un enemigo astuto que busca tomar, va a buscar su victoria y eso es todo. Tenemos las tres últimas imágenes: mujer-vano enamorado-jefe de guerra que muestran el flaco de fuerza (fuerte de grado)-secreto (no hablar)-la parte flaca con la contraposición mucho rostro-hablar a un buen confesor-saber la flaqueza.



Las reglas de la primera semana son también un pequeño tratado sobre la desolación. La vida espiritual se encamina, se da en la alternancia de consolación-desolación como prueba del encuentro con Dios y una manera de encontrar su voluntad. Pareciera que se dan dos grandes dinámicas: para las personas que comienzan (v.gr. novicios) la consolación-desolación quizá sea más fuerte, es decir, grandes consolaciones seguidas de grandes desolaciones. Más se avanza en la vida espiritual, la alternancia está menos “alejada” de su punto de fuerza, más se da con un movimiento de ascensión.

En estas reglas volvemos a reencontrar la importancia del testigo, ya sea como buen confesor o como un buen acompañante. Ayuda a conocer a Dios y el buen y mal espíritu. Con el acompañante, el ejercitante (o la persona) puede aprender a “empalabrar” sus movimientos y sacar provecho para su vida espiritual. Repitamos lo dicho, el testigo ha vivido, en su propia carne, consolación-desolación, también está el texto de San Ignacio.

En la dinámica prevista por San Ignacio, la consolación juega un papel muy importante para gustar a Dios y como vía para atravesar la desolación. En un primer momento, en relación a la desolación, la consolación juega un papel del pasado, la memoria se acuerda de la consolación precedente y saca fuerza de ella para no “ahogarse” en la desolación padecida. Al mismo tiempo que se prepara para la consolación que viene, el futuro está presente. Es cierto también que la consolación tiene una desolación que le precede y otra que vendrá. Aquí el criterio es la posición del ejercitante en relación a ellas.

Ante la desolación, no cambiar el compromiso pero sí moverse contra la desolación misma. Ante la consolación, humildad, no depositarse en la consolación sino en el mismo Dios, es aprender a servirlo de balde, gratuitamente, sin el salario de la consolación. Vemos aquí nuevamente el nexo y la diferencia entre acción de gracias y alabanza. Acción de gracias nos pone ante un agradecimiento a Dios por los dones, las gracias... Dios es el que salva, que bendice, que regala... Alabanza nos lleva a amar a Dios por lo que es, aunque no sintamos que nos done alguna cosa. Por esta experiencia pareciera que podemos añadir a las dupletas salud-enfermedad, riqueza-pobreza, honor-deshonor, vida larga-corta, consolación y desolación. También las reglas nos complementan el “conocimien-

to” tenido por la experiencia de la primera semana, el pecado es repetición que tiene fuerza, pero no es creativo. No hay novedad sino una repetición de los actos, el puro recommienzo... Dios siempre es novedoso, cada vez hay un comienzo que muestra la novedad.

En esta misma lógica y estructura del discernimiento tenemos los números 24-44 que nos hablan del examen particular y termina con la confesión general y la comunión pasando por el examen general y la célebre distinción del No 32 donde tenemos los tres pensamientos de un ser humano.

El examen particular se pone delante con toda su atención ante un defecto. Es seguir el camino del magis. Es un trabajo sobre aquello que impide el dinamismo. Tenemos un lenguaje con Dios, el examen particular enfoca esas pequeñas cosas, no bajo la ley como tal, que ponen niebla o bruma en el camino y en la relación. El examen particular está en relación directa con la indiferencia: una manera cotidiana de desafectarse, de quitar las afecciones desordenas.

El examen particular supone un “examen” previo que mostró la “repetición” de un defecto. Es una puesta en práctica del examen general, es un apoyo como la penitencia. Como lo dice su nombre es particular, trabaja sobre una particularidad de la persona que ha puesto el acento en un examen general previo. Es seguir de cerca el defecto, dos veces por día, día tras día hasta batirlo y domeñarlo. Es también una manera de permanecer vigilante y atento sin aceptar la ambigüedad y mantenerse mirando de frente el defecto.

El objeto del examen particular: es un lugar de tristeza, de desolación que inquieta incluso bajo la apariencia de placer. Un lugar de combate espiritual donde se aprende la práctica del discernimiento.

El No 32 nos coloca en la estructura del discernimiento. Hay un pensamiento propio, se trata de la libertad y del querer. Este pensamiento se juega al interior del sujeto, un sujeto creado. Hay otros dos que vienen de fuera, no soy la fuente pero “trabajan” en mí. Uno del buen espíritu ya sea trabajando contra el pecado o ayudándome para encontrar a Dios. Otro del mal espíritu, sea teniéndome en el pecado o combatiendo contra el dinamismo de Dios. ¿Y el mismo Dios? Pareciera que hay un triple lenguaje en relación a Dios: el ser humano tiene sus propios pensamientos,

del buen espíritu, del mal espíritu, todos hacia Dios aunque Dios también actúa directamente en el ánimo.

Esta triple dinámica tocada por otras tres dinámicas en el ser humano (Nos 33-42): pensamiento, palabra, obra. Tenemos lo que va desde lo más interior hasta lo más legible en el exterior por la mediación de una dinámica que es mitad interior y mitad exterior: la palabra. Al mismo tiempo vemos la economía de la persona: piensa, habla y termina por actuar. Esta economía es "tocada" por el buen y el mal espíritu, gracia-pecado. Pero recordemos que tanto el buen como el mal espíritu actúan de fuera, solo yo y Dios actuamos de dentro.

El pensamiento. Debemos poner mucho rostro contra el pecado, de ahí resistir y resistir todas las veces que se aproxima el pecado. El pecado venial es aceptar la ambigüedad, es no poner rostro rápidamente. El pecado mortal: primero piensa para actuar después piensa y actúa, aquí juegan fuertemente el tiempo y la intensidad, también el mal a otra persona. En esta segunda manera tenemos más tiempo, más intensidad y el mal no solo me toca a mí sino también a otra persona.

La palabra. Jurar, me poner respecto de Dios, es hacer de la palabra un testimonio ya sea invocando a Dios o a las creaturas. Estamos ante la posibilidad de olvidar a Dios (hacer reverencia) y el nexo de la creatura a Dios. Tenemos los perfectos y los imperfectos en este camino. Es la diferencia entre los que contemplan y tienen iluminación de la inteligencia, están más cercanos de ver a Dios en cada criatura. La idolatría está más cerca de los imperfectos. Tenemos una palabra intermedia, la ociosa (un hablar sin camino) que no pone relación a la intención ordenada y la que sí (franco hablar). Finalmente, la palabra respecto a los seres humanos, la murmuración, es decir, tener cuidado al hablar de otro y hablar a otro. Nos han regalado las diversas variantes de mi hablar en el camino hacia Dios.

La obra, el actuar. Todo aquello que combate los mandamientos, los preceptos de la Iglesia y las órdenes (comendaciones) de los superiores. Tenemos un camino de obediencia.

El No 43 nos pone ante el examen general. Conviene hablar antes del examen general que del particular. Tenemos el primer punto de apoyo, "dar gracias", la alabanza que muestra la estruc-

tura de la Escritura: en la luz de Dios tomamos conciencia de los dones y me puedo percibir pecador. Dios ha tomado la iniciativa, sobre el fondo de Pascua veo que Dios me ama ante la cruz. "Veo" el amor de Dios y me reconozco pecador, es volver a la alianza. Es estar atento a los dones de Dios, a la consolación, a las mociones; para los que comienzan les conviene permanecer aquí un buen tiempo.

Un día de mi vida es el "texto", el contenido de la oración... ahí encuentro la "buena noticia". La evocación se vuelve invocación, el relato se convierte en oración. Aquí podemos pedirle a la persona que lo hace que vea si no hay notas o cosas, pues, bajo esta luz, muchos acceden a realidades personales que pueden ponerse en el examen particular. Es conveniente encontrar en la Biblia una palabra que sea el contraveneno de lo que nos hace mal, así una palabra de Dios se vuelve mi agere contra, es una arma en mi caminar. Todo esto supone ayuda, pues, estamos aprendiendo a leer la experiencia y es ahí donde encontraremos una experiencia espiritual. Nos daremos cuenta que es mejor hacer el bien que el mal. Por eso, termina con la enmienda: mañana, nosotros dos... qué hacer.

Recogemos lo dicho: el examen general da los puntos para el examen particular. También hemos dicho, el examen general toma toda su amplitud en el tiempo necesario para aprender a conocer las mociones. Esto depende de la persona, pero hacer el examen es una manera de permanecer fiel en la acción y hacer de la acción un lugar de Dios.

Para las órdenes (Congregaciones) apostólicas, la acción es una manera de encontrar a Dios, un lugar de santificación. La acción no es la "plusvalía" (un plus) de la oración (o de la meditación), sino la cita precisa de Dios. En esta perspectiva, la acción no es un dejar de hacer a las personas activas que no saben cómo utilizar el tiempo entre una oración y otra, es el corazón mismo de la vocación. Por eso, no podemos descuidar la fuerza de la oración como una acción, pues, es una relación, una alianza con Dios que nace de la acción.

La acción nos muestra por dónde Dios nos quiere conducir y qué debemos pedirle. Hasta cierto punto, la acción (mejor dicho, la misión, el apostolado) es el "texto" de nuestra oración no únicamente la consecuencia de nuestra oración (o de nuestro pensa-

miento). La acción es el lugar de verificación de nuestra relación con Dios, pero verificación en el sentido que es allí donde encuentro a Dios. Es cierto que Dios tiene otros medios y otras maneras, es decir, no negamos la vida contemplativa donde el medio privilegiado es la oración, allí permanece el mundo y los seres humanos. Siempre hay una triangulación: ser humano-Dios-los otros (el mundo). Quizás en la vida contemplativa, los otros son llevados en el corazón y puestos ante Dios. Quizás en la vida apostólica, los otros son llevados en la acción y llevados a Dios. La acción es un lugar de encuentro, un lugar de envío: enviar a Dios tanto a mí mismo como a los demás.

Es la misión, la salvación de los otros (el anuncio de la buena noticia), la que está en el corazón tanto de la vida contemplativa como de la vida apostólica. El medio que se utiliza varía pero la finalidad permanece la misma. Por todo esto podemos comprender que la persona contemplativa tome distancia del mundo para poder cargar el mundo y las otras personas en su corazón y delante de Dios. La persona apostólica entra en el mundo para poder llevarse él mismo y a Dios ante los otros seres humanos. El lugar (la alianza) permanece la misma aunque la vocación recorre caminos diferentes, pero nunca opuestos.

Preparado por P. Eduardo Valdés Barría.  
Vicerrector de Integración Universitaria  
Universidad Rafael Landívar